

# GINZBURG Y DE CERTEAU: LAS RELACIONES ENTRE CLASE Y CULTURA EN EL ESTUDIO DE LAS CULTURAS POPULARES

Por **María Cecilia Fernández**  
mcf.mariana@gmail.com

Instituto de Investigaciones Gino Germani  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Buenos Aires  
República Argentina

## RESUMEN

El trabajo analiza los modos de abordaje de los discursos y prácticas de las clases subalternas en el estudio de las culturas populares, desde la perspectiva de Michel De Certeau y de Carlo Ginzburg. Se parte de la pregunta de De Certeau sobre cómo evidenciar el silencio de los «dominados» sin ejercer la violencia que se denuncia y por ende reproducirla, buscando dar cuenta del debate con Ginzburg respecto de las consecuencias teóricas, epistemológicas y políticas de dicho planteo. Finalmente, se elaboran algunas conclusiones en torno a la cuestión del desvío y de las resistencias en la investigación en comunicación y cultura, atendiendo en particular al problema de las relaciones entre clase y cultura trabajado por Claude Grignon y Jean-Claude Passeron.

## PALABRAS CLAVE

culturas populares  
Michele De Certeau  
Carlo Ginzburg

## KEYWORDS

popular culture  
Michele De Certeau  
Carlo Ginzburg

## ABSTRACT

This paper discusses ways of addressing the discourses and practices of the subaltern classes in the study of popular culture, from the perspective of Michele De Certeau and Carlo Ginzburg. It will leave the question of De Certeau on how evidence the silence of the «dominated» without exercising violence complaint and therefore reproduce, searching account of the discussion with Ginzburg regarding the theoretical implications, epistemological and policies that pose. Finally, some conclusions are drawn about the issue of diversion and resistances in research in communication and culture, are paying particular attention to the problem of the relationship between class and culture worked for Claude Grignon and Jean-Claude Passeron.

Recibido: 14 | 03 | 2014  
Aceptado: 09 | 08 | 2014

# GINZBURG Y DE CERTEAU: LAS RELACIONES ENTRE CLASE Y CULTURA EN EL ESTUDIO DE LAS CULTURAS POPULARES

---

por **María Cecilia Fernández**

## **MICHEL DE CERTEAU: PRÁCTICAS SILENCIOSAS Y CACERÍAS FURTIVAS**

Michel De Certeau aborda la cultura desde una perspectiva «polemológica» centrada en los esquemas de acción del «débil» y en su vinculación con la red de fuerzas que enmarcan su vida cotidiana. En línea con Michel Foucault, en cuanto a la idea según la cual las relaciones de poder entre las instituciones y los sujetos se ejercen de manera transversal a partir del juego entre ellas mismas, De Certeau desciende hacia la profundidad de la pirámide para rastrear los puntos de fuga, que «sin salir del sitio donde les hace falta vivir, y que les dicta una ley, instauran algo de la *pluralidad* y la creatividad» (1996: 36). Observar el modo en que se producen estas prácticas minúsculas de «antidisciplina» no implica desatender la existencia de constreñimientos, de obediencias y de jerarquías. Es débil aquel que no dispone de un espacio autónomo y se ve obligado a hacer valer su tiempo en un dominio ajeno de manera útil, conveniente e inventiva.

Si bien no posee la capacidad de distinguir al otro como una totalidad visible ni de acumular las utilidades obtenidas, en el momento oportuno, el débil se inmiscuye en los intersticios de la fortaleza, suspende el orden impuesto y nuevamente vuelve a sus filas. El ataque se lanza desde dentro del marco limitante del poder pero no se apoya en suelo firme: es una experiencia breve, renovada e inestable, que sucede de manera individual y subrepticia. A estas de zonas de evasión, oscuras y maleables, que se despliegan en un territorio reglamentado por los «poderosos», De Certeau las denomina tácticas:

Mil maneras de hacer/ deshacer *el juego del otro*, es decir, el espacio instituido por otros, caracterizan la actividad, sutil, tenaz, resistente, de grupos que, por no tener uno propio, deben arreglárselas en una red de fuerzas y de representaciones establecidas. Hace falta «valerse de» (1996: 24).<sup>1</sup>

Los consumos ordinarios, los quehaceres domésticos, las conversaciones de la vida diaria, son actos embrionarios que trazan recorridos, dejan marcas, crean sentido. Signadas por la rutina y por la velocidad, aquellas inscripciones dan cuenta del modo en que se produce una cultura práctica, corriente y escurridiza. Cuando un sujeto se dirige a otro para preguntarle «cómo está», no se propone conocer su estado de ánimo sino entablar una relación. Es un enunciado pragmático, una acción operativa con base en los detalles, que imprime un estilo en el marco de la disciplina.

De la misma manera, el sujeto que consume un programa de televisión no resulta íntegramente manipulable, pues el modo en que se apropia del sentido impuesto en las fórmulas masivas, «es imprevisible por las técnicas organizadoras del sistema, incoherente con respecto al espacio construido donde se desplazan atajos heterogéneos» (*ibidem*: 41). Y, aunque puede modelar de muchas formas el contenido mediático y en ocasiones inyectar «sacudidas» (*ibidem*: 45), sus posibilidades no son infinitas: «Dispositivos semejantes, al aplicarse a relaciones de fuerzas desiguales, no generan efectos idénticos» (*ibidem*: 48). Sus jugadas son análogas a las situaciones, a los deseos y a los intereses que las habilitan.

Si el desvío no se funda a sí mismo, pues se halla por definición desprovisto de un sitio propio donde depositar sus fuerzas y sus aptitudes adquiridas, ¿cómo logra credibilidad el estilo del débil? ¿Puede instaurar nuevos verosímiles culturales en relación con la herencia instituida? He aquí el problema de De Certeau al explorar prácticas culturales que no tienen textos propios y que no se autoorganizan sino que transcurren en forma individual como pequeñas antidisciplinas (Abal Medina, 2007). Para que estas últimas se visibilicen en el campo de la cultura legítima, hace falta un grado de acceso, de permanencia y de desarrollo en el mismo. Sólo así se puede llegar a conocer el terreno, para desde allí anticiparse, intervenir y golpear en el momento clave: «*Un poder es la condición previa del conocimiento, y no solo su efecto o su atributo*» (De Certeau, *ibidem*: 43).<sup>2</sup>

De Certeau define los movimientos de anticipación y de intervención del débil en el espacio de la cultura legítima como actos culturales subordinados, que se entrevén en la medida en que las apuestas resultan pertinentes y reconocidas por el fuerte. Pues, la cultura popular es afásica: incapaz de nombrarse a sí misma. Sintomatiza una experiencia sin discurso que se imbrica en el trazado del poder y no deriva de «una exterioridad distinta» (*ibidem*: 48).

El modo en que De Certeau plantea la participación del débil en el campo de la cultura legítima hace de su experiencia una acción delegativa. Sólo si tuviese la oportunidad de juntar fuerzas en ese espacio y en su articulación con otros campos podría denunciar por sí mismo la violencia sobre sí ejercida. Mientras tanto, incluso si accediera y si lograra dar con la pertinencia requerida, no podría tomar la palabra, pues en ese caso su debilidad se hallaría ya redefinida. Su propio nombre se alteraría.

Aparece, entonces, la figura del «promotor cultural», aquel que pertenece de manera estable al campo de los poderosos, que puede reunir estratégicamente las fuerzas y alzar la voz en nombre del débil, en ciertos escenarios y situaciones específicas: «Este diálogo, promovido institucionalmente, representa el límite de una frontera móvil entre los que tienen el poder y los “otros” y señala un concepto relativo al lugar donde cada clase se acredita como legítima» (Rodríguez, 2008: 333).

Ahora bien, si lo popular implica necesariamente una violencia que acaba desfigurando su propio rostro en el movimiento de la nominación y de su integración a la esfera legítima, ¿cómo interpreta y cómo traduce el analista las experiencias populares desde el campo científico, es decir, de la cultura legítima? Si bien se reflexionará sobre esta cuestión en el tercer apartado, a modo de cierre se puede subrayar que lo que De Certeau no puede resolver, debido principalmente al abordaje teórico y metodológico que propone, es cómo las tácticas del débil pueden convertirse en estrategias y fundar nuevos significados por fuera de los marcos del *statu quo*. En tanto no le otorga la posibilidad de acumular fuerzas en forma colectiva aquel resto de experiencias desviadas, más temprano que tarde, se disemina.

### CARLO GINZBURG Y LA CIRCULARIDAD CULTURAL: CLAVES PARA NO «ARROJAR EL AGUA CON EL NIÑO DENTRO»

Para comprender el modo en que las prácticas de las clases subalternas se relacionan con las de las clases poderosas en la esfera cultural, Carlo Ginzburg parte de un paradigma inductivo que le permite reconstruir «fragmentos» de la cultura popular. A diferencia de las corrientes de la historia serial que hacia mediados de los años setenta alcanzaron la hegemonía, el autor va en busca de aquellos detalles que dan coherencia a la cultura popular a nivel microsociedad. Así, intentará develar los significados compartidos y las luchas por la institución de significaciones de las clases entre sí y su vinculación con las posiciones sociales diferenciales desde donde los individuos leen los textos, en coyunturas específicas.

En ese sentido, analiza el caso de Menocchio, un campesino del siglo XVI cuyos testimonios resultan representativos, en tanto señalan la existencia de una cultura rural en común:

Tanto en sentido negativo –porque ayuda a precisar qué es lo que debe entenderse, en una determinada situación, por «estadísticamente más frecuente»– como en sentido positivo, al permitir circunscribir las posibilidades latentes de algo (la cultura popular) que se advierte sólo a través de documentos fragmentarios y deformantes, procedentes en su mayoría de los «archivos de la represión» (Ginzburg, 1999: 18-19).

Ginzburg se abstiene de trabajar con datos estadísticos de gran extensión, fundados en el anonimato y en el relegamiento de la dimensión contextual propia de las investigaciones cualitativas. Intenta más bien comprender el sentido atribuido por Menocchio a la producción libresca de los siglos XVI y XVII, en tanto caso revelador de mentalidades de época que le exceden y que, a la vez, representa en pequeña medida. Su testimonio será la puerta de entrada a un momento histórico sobre el cual irá haciendo deducciones y extrayendo conjeturas interpretativas.

La investigación parte de las siguientes preguntas: ¿en qué medida las clases subalternas se subordinan a las clases dominantes?, ¿cuándo las prácticas de las primeras dan cuenta de contenidos parcialmente alternativos?, ¿existe la circularidad cultural entre una y otra clase social? Al primer interrogante, Ginzburg responde afirmando que las clases sociales mantienen entre sí influencia recíproca, al tiempo que critica a De Certeau por suponer que «el “toque”, la “pincelada”, la “paleta” del pintor» (1999: 262) no prevalece más que como una suerte de desvío mudo y subordinado a los marcos de la cultura legítima. Este procedimiento lleva a descartar de antemano fuentes documentales que podrían proveer piezas más o menos «deformadas» de la misma: «Lo que hay que medir es el desfase entre los textos de la literatura popular y el modo en que los leían campesinos y artesanos» (Ginzburg, *ibidem*: 20).

Si bien comparte con De Certeau el supuesto según el cual las acciones de los sectores subalternos constituyen actos de cultura poseedores de una lógica de funcionamiento particular, Ginzburg se propone eludir el «gesto estetizante» (*ibidem*: 15) que consiste en pensarlas como «resistentes» al poder sin dar lugar al punto de encuentro con una cultura relativamente distinta. Atender a los desfases entre las prácticas de los sectores subalternos y la cultura instituida implica develar la lógica parcialmente extraña que emerge entre ellas. De la lectura que el analista haga de las marcas polifónicas de los textos dependerá la visibilización del mundo subterráneo que exhiben aquellas pistas, en tanto se descubra la circulación cultural desde una perspectiva interclasista.

Para dar un ejemplo en relación con la crítica a De Certeau, se podría pensar que poner el ojo en las acciones cotidianas de Menocchio como actos que expresan las reglas establecidas en forma «astuta, contingente y creativa», sin poner de relieve el punto en que colisionan con la cultura legítima resultaría «un populismo de signo contrario» (*ibidem*: 16). Más aún en el contexto del proceso que llevó a su muerte durante la época de la Contrarreforma en Europa. Afirmar la astucia y la creatividad de las costumbres y de las competencias de las clases subalternas omitiendo el intercambio con la cultura legítima genera la ilusión teórica de escapar a las relaciones de dominación mientras se las certifica. Se cae en el «éxtasis ante una enajenación absoluta, éxtasis que no es más que el resultado de eludir el análisis y la interpretación» (*ibidem*: 15).

Las clases populares no sólo desvían el contenido producido por los sectores dominantes, dice Ginzburg, sino que por medio de las descripciones y de las metáforas con que revelan el mundo, se apropian de él y lo ponen en circulación. Y, en esa experiencia, el sentido se modifica. Si bien Menocchio lee libros pertenecientes a la cultura erudita, se apodera de ella de una manera específica que exhibe a la cultura popular en su movimiento y en su singularidad:

Con ello no pretendemos afirmar la existencia de una cultura homogénea tanto a campesinos como a artesanos de las ciudades de la Europa preindustrial [sino] (...) delimitar un ámbito de investigación en cuyo seno habrá que llevar a cabo análisis particularizados similares (*ibidem*: 16).

Las investigaciones deben apuntar, entonces, a los procesos de significación que articulan las prácticas y los discursos de los sujetos subalternos en escenarios concretos respecto de la cultura letrada: qué significaciones le atribuyen y si convergen o no en sus aspiraciones y

en sus iniciativas. De aquí que los libros populares de los siglos XVI y XVII producidos por las clases dominantes sean fuentes significativas para indagar las marcas que dejan las prácticas populares.

Muchas veces, estas marcas resultan de una ambigüedad tal que difícilmente pueden ser reconstruidas por el analista. La dificultad para acceder directamente a las voces de individuos pertenecientes a una «cultura común» desvanecida, llama a Ginzburg a implementar el método abductivo por medio del cual puede rastrear al sujeto que la encarna de una multiplicidad de formas precisas. Se trata de adiestrar el olfato y de fundar argumentos en datos históricos verosímiles, sin examinar la disposición del contenido de los textos en un sentido preferencial ni las prácticas de lectura separadas del contexto que las habilita. Si bien el analista no puede acceder directamente a la cultura oral de épocas pasadas, consigue revivirla parcialmente mediante la indagación minuciosa del modo en que la moldean sus protagonistas.

## ALGUNAS CONCLUSIONES

Este trabajo se propuso analizar las perspectivas de De Certeau y de Ginzburg en relación con las culturas populares y su vinculación con las clases sociales, desde una perspectiva crítica. Ambos autores se proponen reconstruir la historia «desde abajo» y parten de concebir a la cultura popular como una delimitación hecha por el analista, que les permite llevar a cabo análisis particularizados. Es decir, sin recuperar su dimensión colectiva.

Retomando algunas cuestiones anteriormente planteadas a propósito de la propuesta de De Certeau, se puede subrayar el aporte que implica para el campo de la comunicación y la cultura la idea según la cual la lógica que emplea el débil al desempeñarse en el terreno de los poderosos posee un grado de especificidad que hace de la cultura popular «un arte sutil de “inquilinos” bastante sagaces como para insinuar sus mil diferencias en el texto que establece la regla» (1996: 53).

Ahora bien, ¿en qué medida se oponen a lo hegemónico estas prácticas individuales por medio de las cuales el orden es «engañado en juego»? ¿constituyen efímeras victorias particulares o disputan poder simbólico? ¿En qué sentido se puede concebir la pluralidad de «cacerías furtivas» suscitadas cotidianamente como prácticas políticas?

Lo que no queda claro en De Certeau es si siempre que el débil burla el orden dado lo hace en un sentido resistente. Es decir, capaz de resaltar la sujeción al poder. Pensar las prácticas populares como fugas momentáneas que logran suspender de manera individual las relaciones de dominación por fuera de la estructura social y política, deviene en una mirada «dominomorfista» (Grignon & Passeron, 1989). Los riesgos epistemológicos de este enfoque radican en que al analizar la cultura subalterna se empleen instrumentos analíticos y explicativos diferentes de los utilizados para indagar la cultura dominante, como es el caso de concebir al «débil» en tanto capaz de generar tácticas desviadas y al «fuerte» como apto para ingeniar estrategias políticas.

De Certeau no puede pensar a las clases subalternas como capaces de autoencarnar sus expectativas puesto que, en última instancia, no logra deshacerse de la concepción dominocéntrica de la diferencia radical entre culturas contrapuestas (*ídem*). Siguiendo a Grignon & Passerón (1989), el enfoque dominocentrista consiste en examinar a los dominados mediante el empleo de las mismas herramientas teóricas usadas para analizar a los dominantes e identificar las diferencias respecto de la cultura legítima en términos «miserabilistas», al punto de negar la existencia de la cultura popular. El empleo de la lógica dominante como medida de toda manifestación cultural conlleva a dilucidar a las culturas populares en relación con la zona en que se sitúa el analista, como degradaciones o como defectos de la cultura legítima. Como sostienen los autores:

La cultura popular aparece, necesariamente, en esta perspectiva, como un conjunto indiferenciado de carencias, desprovisto de referencias propias en el interior del cual podemos tratar apenas de distinguir estratos de densidad simbólica decreciente, que van de la «cuasi-símil-cultura» de las capas sociales fronterizas con la pequeña burguesía a la no cultura del subproletariado y de los «excluidos» (*ídem*: 97).

Si la perspectiva legitimista concibe a las culturas populares como «culturas-naturalezas» en términos miserabilistas, el populismo subyacente a la teoría decerteauseana radica en idealizar el carácter resistente de los desvíos del débil sin permitirle acumularlos e idear una estrategia de acción colectiva en forma relativamente independiente a la cultura dominante. La cultura plural que propone se construye en los marcos de la hegemonía,<sup>3</sup> mediante la incorporación de las nuevas potencialidades punteadas por el débil a la cultura legítima.

Una operación distinta efectúa Ginzburg en la búsqueda de la cultura popular desde un modelo teórico procesual, centrado en las prácticas de lectura «desfasadas» y los mecanismos de circulación de sentido que implican. La importancia de esta perspectiva radica en que no considera a la cultura popular como meramente impuesta por las clases dominantes sino que admite que el dominado pueda hablar por sí mismo desde una posición de relativa autonomía. La cultura popular no se halla, para Ginzburg, determinada por privaciones y por penurias ni «resiste» en el marco de la hegemonía: se funda en una multiplicidad de sentidos en juego desde donde las clases la construyen, de manera recíproca.

Retomando a Mijail Bajtín (1999), Ginzburg mantiene que no se puede entender el modo en que los sujetos simbolizan las prácticas culturales sin considerar la posición estructural en la que se ubican. Tal como sucede en el carnaval, las clases subalternas producen sentidos opuestos a la cultura dominante, en permanente diálogo con la misma. Este abordaje se aleja tanto de los enfoques estructuralistas rígidos que apuntalan un sujeto pasivo derivado de sus condiciones de existencia, como de aquellos que conciben un sujeto pleno alojado en un campo autosuficiente. Ginzburg mantiene que existe una tensión indisoluble entre la cultura oral y la cultura letrada, allí donde se alteran los usos y las significaciones correspondientes a clases sociales diferentes.

A diferencia de De Certeau, Ginzburg no va en busca de los desvíos subyacentes a las prácticas ordinarias del débil, sino que analiza un caso excepcional a fin de dar cuenta de las condiciones de posibilidad que permiten hablar de una manera particular al intérprete de la cultura oral campesina del siglo xv en el Friuli. El caso de Menocchio le permite mostrar un

contexto histórico y político específico tal como lo vivió dicho personaje, no a partir de la conexión de datos aislados sino de la interpretación que hace de ellos el analista. Menocchio representa un punto de acceso para vislumbrar los cambios sociales que se estaban produciendo en la época del advenimiento de la imprenta, como el ingreso de las clases subalternas a la cultura escrita. La cultura popular materializa, así, el modo en que transcurren las relaciones de fuerza entre las clases, incluso en aquellos sitios donde emergen las voces de sus víctimas.

Considerando que el sentido no se estabiliza definitivamente ni la violencia siempre se olvida, «la abrumadora convergencia entre la postura de un humilde molinero friulano y las de los grupos intelectuales más refinados y conscientes de la época» (Ginzburg, 1999: 17) exhibe las relaciones de poder existentes hasta el punto de la eliminación física de Menocchio. El sujeto de las resistencias emerge allí donde se recuperan líneas de regularidad y brechas significativas en torno a la cultura popular, en su mayor o menor frecuencia y proximidad. Este enfoque busca que la cultura popular sea comprendida a la luz de las huellas de sus hacedores, que el analista se encargará de rastrear. De su capacidad de contar la historia de los sectores subalternos y de su vinculación con la perspectiva oficial depende la memoria de la cultura popular y de sus protagonistas. ■■■

## BIBLIOGRAFÍA CITADA .....

ABAL MEDINA, Paula (2007). «Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau». *Kairos. Revista de Temas Sociales*, Año II (N.º 20). San Luis: UNSL.

BAJTÍN, Mijail (1999). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais* (trad. Julio Forcat y César Monroy). Madrid: Alianza.

DE CERTEAU, Michel (1999). «La belleza de lo muerto: Nisard». En *La cultura en plural* (en colaboración con Dominique Julia y Jacques Revel). Buenos Aires: Nueva Visión.

\_\_\_\_\_ (2000). «Leer: una cacería furtiva». En *La invención de lo cotidiano*. México: ITESO.

GINZBURG, Carlo (1999). «Prefacio». En *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik Editores/ Biblos.

GRIGNON, Claude y PASSERON, Jean-Claude (1989). *Lo culto y lo popular*. Buenos Aires: Nueva Visión.

RODRÍGUEZ, María Graciela (2008). «La pisada, la huella y el pie». En Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (comps.). *Resistencias y mediaciones*. Buenos Aires: Paidós.

WILLIAMS, Raymond (1988). «Cultura». En *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.



## NOTAS .....

<sup>1</sup> La *itálica* corresponde al original.

<sup>2</sup> Ídem.

<sup>3</sup> En términos de Raymond Williams (1988: 133), la hegemonía se define como «una formación social y cultural que para ser efectiva debe ampliarse, incluir, formar y ser formada a partir de esta área total de experiencia de vida».